

Juan Bonilla

Alma cargada por el diablo

El demonio de los celos retrospectivos mordisqueándote los tobillos graciosamente primero —ah, qué díscola mascota, cómo te gusta morder— pero luego los colmillos de leche empiezan a ser sustituidos por los auténticos —basta, me haces daño— y entonces, los mordiscos se lanzan ya más arriba, empiezan a doler de verdad aunque el demonio siga plácidamente jugando, hasta que le reñimos en serio, un golpe en su hocico, y él se enfada, y la mano con la que tratamos de calmarlo es devorada por esas fauces en las que pronto, muy pronto, vamos a ser deglutidos por entero. Mis jóvenes amigos, permitan este consejo: no incurran nunca en el placentero deporte de intercambiar con sus parejas noticias sobre anteriores relaciones. Yo cometí el error de hacerlo, me mecí en la sucesión de amantes que se pasaron a mi amada como si fuera una antorcha cuyo destino final fuera el pebetero que había cobrado mi forma, y cuántas pesadillas, cuánto vacío anegándome, cuánto dolor inútil y sin porqué procedente de días en los que yo no existía para ella. Aparte el hecho sustancial de que no, yo no era el pebetero final para que ardiera aquel fuego sagrado, sino un corredor más de la sucesión, alguien que arrojaría la antorcha a un charco esperando que allí se apagara, con la certeza íntima de que no se apagaría y otro corredor que pasaba por allí —y al que la antorcha con su hechizo de lumbre mortecina y hermosa, escogería— se la llevaría lejos, creyéndose él también pebetero —o no, quizás no, quizás aún hay hombres sabios.

De todos los corredores que me precedieron, un nombre sobre todo me provocaba un vértigo que por mucho que quisiera disimular acababa delatándome —se me pintaban de blanco las mejillas, qué cosa más tonta—. Sandro. Por fortuna no es un nombre que aparezca a menudo, quizá en

algún partido de fútbol o en la insoportable actuación de un cantante melódico que aparece en un programa nocturno de televisión entre una entrevista al autor de la novela histórica *La Pasión Afgana* y el consultorio sentimental de una puta. Era italiano y tal vez había habido en la historia de la humanidad un par de hombres más bellos que él —uno fue el desconocido modelo que sirvió a Buonarroti para que esculpiera su David—. Su relación con Alma, mi amada, duró poco, pero entonces el cemento de la parte de la corteza cerebral donde se graban los amores estaba muy fresco y bastaba la pisada de un gorrión para que quedara impresa una señal en un sector donde algún tiempo después un auténtico diplodocus no hubiera podido hacer grabar su paso. Sandro Amatisti: podía ser el pseudónimo de un mago que recorre los pueblos sacando conejos de una chistera —y el conejo sería su cena compartida con los otros residentes de una pensión pobre— o el nombre verdadero de un violonchelista que acompañaba a una soprano cuyos agostos se dedicaban al carísimo ayuno con que la cuidaban en una clínica asomada al mar. Tuve la suerte de que se tratara del segundo caso. Me niego a reproducir las estampas amorosas y delicadas que viajan en mi memoria gracias a las descripciones que me regaló Alma para defenderse de las descripciones con que yo trataba de defenderme de sus descripciones. Me atacó el demonio de los celos retrospectivos de tal manera que nuestra relación estuvo a punto de naufragar una y otra vez: finalmente conseguíamos que nuestra barcaza recobrar su rumbo y cabalgara las olas de la tempestad hasta llegar a una nueva balsa de mar apacible, pero íbamos acumulando mareos en la singladura por culpa de aquel nombre (por culpa del efecto que aquel nombre producía en mi interior). Sandro Amatisti: entraba a diario en las tiendas de discos para buscar su nombre en las carátulas de los discos de la sección de música clásica, y me iba satisfecho de allí, henchido el orgullo, porque nunca lo encontraba. No sería un músico tan excepcional.

Un par de mudanzas y ya estábamos viviendo juntos en un piso más grande, más caro, más céntrico. Ella volvía del trabajo como si regresara de explorar el infierno, y yo estaba allí para darle ánimos, masajes, cenas con sorpresa en el postre. Yo trabajaba en casa todo el día, me daba mi paseo vespertino, trataba de evitar las tiendas de discos y las imágenes que el pasado me ofrecía, como un niño que extiende sus dos puños y te

dice: a ver si aciertas en qué mano guardo la piedrecita. Siempre acababa eligiendo la mano izquierda, y siempre había allí imágenes dolorosas en las que yo no estaba, en las que las luces de las farolas arrancaban gemas de un río, en el que un guapo paseante vestido de claro es recibido con un largo abrazo por una guapa muchacha que considera firmemente que ha sido elegida por los dioses por alguna razón que no quiere que le sea revelada. No, no describiré las estampas dichosas que me inundaron de desdicha. Trataba de evitar las tiendas de discos pero ¿qué mal me va a hacer echar un vistazo? Salía contento, con las manos en los bolsillos, y me encontraba otra vez con el niño y sus dos puños y su pregunta ¿en qué mano? Le daba una patada en la cabeza y me apresuraba porque no quería que Alma llegase a casa antes que yo.

Por lo demás, qué felicidad. Imaginen todas las canciones románticas y felices que quieran: todas ellas hablaban de nosotros. Y el verso “esto es para siempre” que luego se revelará inmoral, qué peso tenía entonces, qué insolente verdad pronunciaba. Sí. Para siempre era el nombre del paraíso, para siempre era el nombre de la estación de llegada, para siempre eran las dos únicas palabras de que constaba nuestra oración sagrada, para siempre era el pegamento que nos mantendría unidos por encima de todas las vicisitudes rencorosas que se inventara la realidad para ponernos a prueba. Alcanzamos velocidad de crucero. Un día repitió la felicidad del siguiente. Mañana es sábado y descubriremos alguna parcela cercana del mundo que nos merezca, que se merezca que la integremos en nuestro álbum, un me-rendero en la Sierra, quizá, un pueblo de calles estrechas cuyo silencio incrementaremos con el silencio de nuestro amor. Así se nos fugaron los meses: flotábamos y allí abajo el mapa del mundo era bonito. O flotaba yo creyendo que ella también flotaba. No sé. Sandro Amatisti, sí, aquello sí que debió ser flotar, me decía el demonio mordisqueando en mis tobillos.

Fue el primer nombre que tecleé en mi primera sesión como cibernauta. Qué gran descubrimiento la red, me dije, un lugar donde podría conseguir todos los libros deseados que me faltaban, donde podría informarme de todos los precios de los vuelos hacia lugares que quería visitar con Alma, donde podría leer los periódicos de todo el mundo. Sin embargo, el primer nombre que tecleé en la página de un buscador fue Sandro Amatisti. Allí me enteré de unas cuantas pamplinas que no servirán para dar a conocer

al personaje. Acompañó en su gira por Norteamérica a la soprano Giorgia Benedetto. Es violonchelista titular de la Orquesta de Turín. Toca el próximo 15 de noviembre (y hacía meses que ese día era historia) en el Preservation Hall de Nueva Orleans. Estudió en Viena con el gran profesor de violonchelo August Planckel. La flechita que en la pantalla maneja el ratón se acerca temerosa a la indicación “imágenes” del buscador. Uno cierra los ojos, clic y... no, no había imágenes.

Las hondas depresiones que me castigaban cuando aparecía cualquier cosa que pudiera ser conducida a la conversación sobre la relación de Alma con el violonchelista —la Juventus de Turín ha ganado la Copa de Europa lo que me recuerda que..., hay una oferta de viaje buenísima para ir a Nueva Orleans lo que me recuerda que..., cosas así, ya saben, seguro que alguno de ustedes lo sabe— llevaron a Alma a exigir que no se volviera a pronunciar aquel nombre en su presencia. Ah, no quieres hablar de él porque todavía es importante, decía el demonio que lo poseía a uno. Los únicos momentos en los que me acuerdo se deben a que tú insistes en que me acuerde, se defendía ella atacándome. O sea, que todavía te acuerdas, rugía el demonio, más arriba de mis tobillos. Era un tramposo. No había respuesta suya que no pudiera revertir a favor de los celos retrospectivos: tenía hambre, necesitaba devorar. Devorarla. Devorarme. Devorarnos. Ya no era un juego.

Un día se me ocurrió. Soy paciente, debo reconocerlo en mi favor. Es verdad que pasaban semanas dichosas en las que aquel nombre no tenía ocasión de presentarse y si se presentaba era una mosca que molesta a un gigante (armado además con un *spray* insecticida de su tamaño). Pero luego, otra vez se disparaba el dolor, el cosquilleo en el estómago, la sensación de inferioridad, las ganas de borrarse. Y un día se me ocurrió. Estaba en el cibercafé al que me había acostumbrado a ir por las mañanas, después de desayunar y antes de ponerme a trabajar. Una hora diaria de paseo virtual, recorridos por librerías de viejo, por periódicos, por ofertas de viaje, por páginas personales de artistas (una mirada de reojo a la oferta pornográfica si la computadora que me habían asignado estaba lo suficientemente apartada de la vigilancia de cualquier otro cliente). Creé una cuenta de correo. Era fácil, era gratis, era perfecto: Sandroamatisti@mixmail.com. Y desde allí le escribí a Alma, hola, cómo te va, no sé si te acuerdas de mí

(no empezaban así las cartas de quienes hace mucho que no saben el uno del otro pero están completamente seguros de que no han sido olvidados); cómo te va todo, qué invento Internet ¿no?, aunque no lo creas, no me preguntes por qué, éste es el primer mensaje que envió. Huí del cibercafé inmediatamente después de cometer semejante atropello como si le hubiera robado la gorra al mendigo ciego de la puerta de una iglesia. Me lo reprochaba, disparé entre las cejas al demonio de los celos, me avergonzaba, me deprimía, me destrozaba. Y ella no se merece esto, y eres un auténtico cabrón, y... ¿responderá? Soy paciente, ya les digo. Dejé que resbalara una hora calcinante sobre mi escritorio con lentitud de anciana. La siguió otra hora todavía más lenta: una anciana cargada de bolsas. Cuando estaba pasando la siguiente anciana —con un tractor en la cabeza— regresé al cibercafé. Y allí estaba la respuesta de Alma. Tardé en leerla unos segundos porque tuve que ir a recoger el corazón que se me había salido del pecho y se había escondido bajo un sofá donde tomaban algo unos turistas rubios. Claro que me acuerdo de ti, cómo podría olvidarte; y aunque no te lo creas, te he recordado muy a menudo, has estado presente incluso más de lo que yo hubiera querido (pero esto es difícil de explicar ahora, porque te escribo desde el trabajo y... por cierto cómo has dado con mi dirección... y por cierto, si vuelves a escribirme escíbeme a esta otra dirección, la que tú has utilizado, la del trabajo no es buena para asuntos personales, y nuestros mensajes son asuntos personales ¿no?...

Se le olvidaba cerrar el paréntesis que había abierto en el segundo renglón. Se le olvidaban muchas cosas. Se le olvidaba yo. Y luego confesaba que ella también había hecho alguna investigación por ver de dar con su correo electrónico. Había hecho alguna investigación. Sí, señores, había hecho alguna investigación para ponerse en contacto con él. El demonio ya tenía la cena servida, y no eran ni las tres de la tarde. Así que Alma se había creado una cuenta personal sólo para recibir los mensajes de Sandro. Bueno, cualquiera que no fuese celoso tendría sus motivos para convertirse a nuestra indigna religión ¿no creen? El bautismo consiste en la recepción de un escupitajo. Y en cuanto a la pregunta: ¿cómo has dado con mi dirección?, me obligó a acudir a un buscador, escribir en la barra el nombre de mi novia y esperar que se me facilitase información: hubo suerte, en la tercera de las entradas que el buscador ofrecía, aparecía su

nombre, el de su empresa, y su e-mail. Asunto resuelto. Eso era lo que había hecho Sandro Amatisti cediendo a la melancolía que subrayaba la pregunta ¿qué habrá sido de aquella muchacha con la que estuve unos cuantos días en aquella ciudad de la costa, donde por cierto me compré esa cazadora de cuero que hace tanto que no me pongo? Y había obtenido su recompensa.

¿Alguna novedad?, le pregunté a Alma cuando llegó aquella noche del trabajo. Su previsible respuesta fue: no, lo de siempre. Tardé tres días en sacarle una confesión, y para entonces los mensajes entre Sandro y Alma sumaban siete. Debo ser mejor actor de lo que me consideraban en la Escuela de Arte Dramático porque Alma no vio sombra de sospecha en mis sospechas, todo lo contrario: haber intuido que algo nuevo le había pasado y que ese algo tenía que ver con su pasado, era una prueba entusiasta de lo bien que había llegado a conocerla. He de decir que los mensajes entre Sandro y Alma intercambiados en aquellas tres jornadas, además de depositarme en un estado de completa perplejidad que me incapacitaba para dedicar energía a nada que mereciera la pena —confeccioné decenas de flores de papel, protegí decenas de libros con forros de plástico, vi demasiada televisión— no podrían hacer intuir más que una cosa a quien tuviera acceso a ellos: el italiano pretendía mostrarse seductor, y ella se mostraba contenta con su vida y agradecida de tener en el pasado un capítulo tan hermoso como el protagonizado por el violonchelista. Hasta que llegó el inevitable —antes de escribirlo me temblaron todos los huesos del alma— “tengo previsto ir a España y me gustaría que nos viéramos para recordar viejos tiempos”, que Alma respondió con un seco: “en este momento de mi vida, recordar viejos tiempos es algo que me he prohibido: están bien donde están los viejos tiempos, pero siento que si hiciera algo así, aunque sólo fuera tomar un café y charlar con un viejo amigo (que sé que no nos conformaríamos con eso), estaría traicionando a la persona más importante de mi vida, y no me puedo permitir ese lujo, así que te deseo lo mejor en España y si te puedo ayudar en algo más no tienes más que pedirlo”.

¿Qué debe hacer el celoso patológico, doctor? Sentirse hinchado de orgullo y dejar que el árbitro invisible levante su brazo vencedor, a pesar de las notables magulladuras que inflaman su rostro —así que no os conformaríais con un café, ¿eh?— era una posibilidad. Seguir recibiendo golpes ajeno al toque de la campana, seguir atormentándose, era otra. Por supuesto

elegí la última. Y extraje toda la información de una cansadísima Alma que parecía habitar otra dimensión y estar preguntándose, en el mismo momento en que las daba, por qué tenía que darme ella explicaciones de nada, cuando además lo había solucionado de una forma tan favorable para mí, para nosotros. Le dije: quiero que lo veas, quiero que quedéis. Me gustan los retos. Jugando al póker perdí alguna pequeña fortuna por agarrarme hasta el final a un farol. Ella se negó en redondo y dio por zanjado el asunto, y dijo: si con todo esto lo que querías era que yo detestase ese nombre, lo estás consiguiendo. ¿Qué nombre?, me limité a preguntar. He visto demasiadas películas de vaqueros, y lo que es peor, no he conseguido olvidarlas.

Nos cambiamos de ciudad porque consiguió un trabajo mejor y a mí me daba lo mismo trabajar en una calle con gritos de acento andaluz o acento catalán. Volvimos a ser felices, aunque ya no alcanzábamos la altura ideal para evitar turbulencias con la facilidad de antes. Es natural, pasa en todas las parejas, el equipaje va incrementando el peso y los motores se resienten. Pero seguía iluminando nuestras noches el letrero del motel que había allá en lo alto del horizonte: Para siempre. Uno para ella y ella para uno. La realidad colaboraba a menudo con nosotros ofreciéndome trabajos bien pagados —fíjense si soy poco narcisista que ni siquiera les he revelado a qué me dedico. Yo dejé de teclear a diario el vocablo sandroamatisti en la página de mixmail, cuya contraseña era el nombre de mi novia. Lo tecleaba una vez a la semana primero: no había mensajes. Luego una vez cada quince días: sin noticias de Alma. Me sentía culpable cada vez que aparecía el “No hay mensajes nuevos en su bandeja de entrada” en aquella página. Espacé las visitas. Una vez al mes. Ni una línea de Alma, que era mía, sí, por qué me costaba tanto aceptarlo, mía. Luego lo dejé. Me dije, ya está, no vuelvo a mirar esto nunca más, nunca más, de verdad. Pero de vez en cuando, no sé, una vez cada tres meses, echaba un vistazo, y nada que temer.

Luego las cosas habrían de apresurarse como si obedecieran a las urgencias que impone la dinámica de un relato. Las brasas se apagaron, como diría un letrista de balada romántica. Empezamos a computar nuestra relación en bolsas de basura. Había que sacarla cada dos días —una ciudad con un pésimo servicio, sin duda— y cada vez que me tocaba bajarla la

apuntaba mentalmente para incrementar el número de bolsas de basura que había compartido con mi pareja. Lo recomiendo a todas las parejas, en serio. Mis padres —según un cálculo apresurado que hice— pudieron generar unas 25.000 bolsas de basura: pongan en un lado los nombres de una pareja y al otro lado las bolsas de basura que han generado: tendrán una satisfactoria impresión de lo que es el amor.

El final de mi relación con Alma pudo haber sido más violento: nuestra avioneta no estalló en el aire, sino que fue perdiendo altura, una hélice dejó todo el trabajo a la otra, ésta resistió lo que pudo, el aparato tuvo que planear, lo posamos sobre una cumbre nevada con muchos desperfectos, lo abandonamos allí y cada uno se fugó por donde pudo. Meses después, estábamos seguros, estuviéramos donde estuviéramos, escucharíamos un estallido en aquella cumbre. La puerta que dejamos entreabierta —pensémoslo durante un tiempo y luego vemos qué hacemos, lo que se suele decir una pareja cuando rompe— se habría cerrado definitivamente. Quedaba el horizonte allí delante, pero el luminoso del motel se había apagado.

Y ahí hubiera debido terminar todo si yo no fuera un enfermo poseído por el demonio de los celos. Es cierto que traté de recuperar a Alma y que ella se negó a verme, defendiendo que necesitaba pensar en nuestra relación y tratar de verla como un todo, una novela o algo así que no se juzga porque en el capítulo III aparece un personaje que luego no vuelve a comparecer, sino por una impresión general y por un estilo, por la convicción con la que se narra y por algunas escenas particularmente memorables. Quise rehacer mi vida, y me fue bien: una camarera de un bar de copas tomó la antorcha que yo era, la arrojó pronto sobre un charco en el que no me apagué, vino una policía municipal recién separada y me llevó hasta el portal donde me recogería una escritora de cuentos infantiles a la que le hubiera ido mejor si se hubiese limitado a escribir cuentos pornográficos basados en sus experiencias. La antorcha se fugó de aquel estudio donde un Pájaro Loco de madera que ocupaba toda una pared tenía que contemplar cosas que a menudo recuerdo con una sonrisa boba en la cara, y buscó algo menos violento. Lo acabó encontrando, claro. Pero...

Siempre hay un feo “pero” al final de un párrafo luciendo un collar de puntos para prolongar una historia. Cierta mañana, caminando con las

manos hundidas en los bolsillos de un abrigo que heredé de mi padre, me di cuenta repentinamente de que hacía días que no me acordaba de Alma. Desde que abandonamos nuestro avioncito en aquella cumbre, pensaba en ella todos los días y a menudo varias veces al día. ¿Dónde estará? ¿Con quién? ¿Me echará de menos? ¿Se acordará de mí? Ya saben de qué les hablo, seguro que lo saben. Y aquella mañana me acordé de repente de que hacía días que el segundero de mis pensamientos no le dedicaba un solo latido. Eso probaba dos cosas importantes: una, que no me había deshecho de ella del todo, puesto que me causaba una consternada alegría recobrar su imagen y las preguntas que le componían una larga sombra; y dos, que había una jornada allí delante en la que me habría deshecho por completo de ella, de su peso sobre mí, de la melancolía que me afligía cuando la recordaba, de la sensación de haberme equivocado al no haber luchado más por mantenerla a mi lado, del arrepentimiento por haber derretido todo su amor en la fúnebre candela de mi enfermedad. Pero esa consternada alegría no iba a conformarse con estas conclusiones pertinentes —la limosna que se le da al mendigo ciego de la puerta de la iglesia al que párrafos antes le robamos la gorra. No, ni mucho menos. Alma venía acompañada otra vez por nuestro violonchelista. Un vértigo me sobrecogió entonces: adquirí la certidumbre de que el corredor que había heredado la antorcha que yo abandonaba era Sandro Amatisti. Y busqué un cybercafé como el diabético al que le empieza a flaquear el ánimo y se da cuenta de que necesita un pinchazo de insulina. Buscaría una farmacia.

Allí estaba. El mensaje de Alma databa de dos semanas atrás. Había tardado en ponerse en contacto con Sandro Amatisti. ¿Qué habría pensado en esas dos semanas? No sé, la verdad, supongo que se extrañaría de que el violonchelista no le respondiera, pero también lo excusaría diciéndose: qué esperabas, después de que te negaras a verlo cuando vino a España. O bien se conformaba con un: estará de gira y no podrá ni siquiera mirar el correo. Contesté al mensaje, que era frío y educado, del tipo: Hola Sandro, cómo te va, cuánto tiempo ¿no?, mándame un saludo si te apetece ¿vale? Y allá va el saludo del violonchelista: “Alma, perdona que no te haya contestado antes. He estado muy ocupado. Una gira primero, y luego un pequeño problema familiar. ¿Qué tal tú? ¿Cómo andas? ¿Todavía protegiendo a tu hombre de posibles tentaciones? Te mando un beso”. No se nota, pero es

una muestra perfecta de la ingeniería patológica del demonio que me seguía habitando. Cualquiera de esos traductores sin escrúpulos que convierten a un distinguido estilista en un balbuceante parvulario lo versionaría con un: Nena, aquí estoy, ¿estás ya libre y con ganas? Bueno, es lo mismo, sí, pero no es igual.

La respuesta no se hizo esperar. Qué flor incendiada en las yemas de mis dedos: en aquel mismo momento, desde algún lugar del mundo, Alma estaba ante una pantalla respondiendo mi mensaje. Y su respuesta era muy dolorosa. Necesité levantarme a dar un paseo después de sus “he nacido de nuevo”, “no quise escribirte antes porque tenía que limpiar muchos rastros de suciedad”, “me encantaría que nos viésemos, esta misma tarde si pudiese ser”, “voy dentro de poco a Italia, con unas amigas, para seguir disfrutando de la libertad recobrada”, “di un sitio y una hora —incluso puedes prescindir de la hora— y ahí estaré”.

Un muchacho a veinte pasos de mí me miró con un brillo de temor en los ojos. Pensé que se me notaba la cólera. Cuando íbamos a cruzarnos se detuvo y con vacilante español me preguntó si tenía fuego. Oh, su adorable temor no procedía de mi rostro, sino de su inseguridad. Tal vez era la primera vez que se atrevía a abordar a un extraño para soltar su primera frase en nuestra lengua. Me registré los bolsillos y saqué mi mechero. Se lo regalé como premio a sus progresos en una lengua extranjera.

No sabía qué pensar, lo que, singularmente, suele querer decir que los pensamientos rebosan en la vasija del cerebro y se desparraman y lo mojan todo, y es tan difícil quitar después esas manchas. Me sentía humillado, hundido, apalizado. Pero por otra parte me susurraba: es lo que mereces, tienes al fin lo que mereces. Ahora bien, no iba a salirse con la suya, claro. Cómo hacerlo, por otra parte, cómo iba a conseguir yo que se reunieran Alma y Sandro en alguna ciudad de Italia mientras dos cortesanías vigilaban desde una esquina para, con caras de envidia exagerada y relamida, decirle luego a su amiga: oh, qué nene tan maravilloso te has agenciado, qué bien hiciste en cortar con aquel botarate. Por supuesto Sandro no podría reunirse con Alma, qué lástima, más giras, más conciertos, o una lesión en sus dedos de violonchelista que le impedían aproximarse a una mujer. Volví al cibercafé, escribí mi mensaje, cuánto me alegro de que te hayas liberado y parezcas tan feliz, y créeme que me encantaría verte en

tu viaje a Italia, pero parto mañana temprano hacia Japón, donde otra gira me retendrá no sé cuánto tiempo, estoy harto de sopranos ampulosas y de cenas de etiqueta y... seguían varios párrafos redundantes.

La respuesta se aplazó un día. Y no había nada de malhumor en ella, nada de resentimiento, un simple qué vamos a hacerle, da igual, otra vez será, estoy segura de que nos encontraremos en cualquier momento, queda mucho tiempo ahí delante. Y pasaba a contarme —o a contarle a Sandro para ser exactos— cosas de su vida, cosas que yo —o sea, Sandro— no pedía ni necesitaba para ser más feliz. Hacía una lista de amantes con los que se había limpiado la suciedad ocasionada en su cuerpo y en su mente por la Institución Pareja —lo ponía así—, y declaraba que había ido descubriendo qué ancha capacidad para disfrutar de los colores de la vida residía en ella, capacidad que al parecer su ex novio —al que Dios tenga en su gloria— se las aviaba para abortar con insolente frecuencia y eficacia. Era demasiada confesión para no condenarme a la ingesta de un tranquilizante. Volví a salirme del cibercafé con mil voces de culpa y mil de cólera disputando un partido de rugby en una cabina telefónica situada en mis meninges. Busqué improductivamente al extranjero de la mañana anterior para pedirle que me devolviese el mechero. No lo encontré. Tenía que diseñar una respuesta que invitara a Alma a seguir hurgando en la herida, a pesar de que ésta tenía ya la profundidad de una piscina pública en el lado de los adultos. ¿Para qué? No sé qué procuraba con todo aquello, de veras, no sé si es que la vena masoquista que todos tenemos en el cuerpo había colonizado a todas las demás y necesitaba que se me infligiese mucho, mucho, mucho castigo, o si pretendía repudiar a Alma oyéndola hablar de mí en aquel tono despectivo, como si nuestros años de felicidad y maravilla no pesaran ahora, en la balanza del presente, más que un grano de arena.

La respuesta, concisa, de Sandro parecía describir a un hombre asustado por las proposiciones entusiastas de su corresponsal —sugería en algún momento que tenía novia formal con la que pensaba contraer matrimonio y traer hijos al mundo y ocupar una casita de las afueras con un jardín trasero en el que hubiese un columpio colgado de las ramas de un árbol—, y a la vez curioso de un modo de vida tan exultante. Sin darme cuenta fuimos haciéndonos amigos, quiero decir, fueron haciéndose amigos. Se

empezaron a contar cosas del pasado —y yo no salía muy bien parado nunca, “sí, estuve una vez en Londres con aquel patético fantasma al que regalé unos años de mi vida, pero no me enteré de mucho, sólo visitamos librerías”—, del presente —“recientemente he estado en Cuba, y bueno, he dejado allí mal aparcado a mi bonito amante negro sabrosón y tengo que regresar, no sé si a traérmelo o a aparcarlo mejor”— y del futuro —“ni pienso en él, para mí lo único que importa es el aquí y el ahora, y no se me borra ni un instante el hecho de que el lenguaje es sabio y presente significa regalo”—. Sandro por su parte inventaba lo que podía, hablaba de ciudades de Japón que previamente me exigían consultas en los buscadores de Internet, prolongaba su gira por Singapur y Taiwán, informaba de que su novia se le uniría en Hong Kong, y volvía a recordar lo bien que lo pasaron cuando estuvieron juntos, y qué pena que cuando vino a España ella hiciera aquel acto de amor y sacrificio tan alucinante de negarse a ver a un antiguo amante porque eso dañaría a su novio. “Si hay algo de lo que me arrepentiré mientras viva, créeme Sandro, es haber desaprovechado la oportunidad de verte cuando fuiste a España —y digo fuiste porque, ya ves, entre el mensaje de ayer y el de hoy, me he regresado a La Habana, comida por las dudas, porque no sé qué hacer con este bombón, me lo llevaría sin duda y lo encerraría en la buhardilla de mi casa para tenerlo siempre a mano cuando me acuciaran las ganas de... ya sabes” (sic)—.

Y Sandro, cada vez más yo (“Si quieres ponerme celoso con el negro cubano, lo consigues, y consigues contagiarme las locas ganas de... o por lo menos de mirar y...”), y Alma cada vez menos Alma (“No, finalmente lo dejaré por aquí al muchacho, no puedo comprometerme con nadie, ni siquiera con un as —te lo aseguro— de la pornografía, no quiero enamorarme y no estoy enamorada —o sí, pero no de él, ya sabes tú de quién, sí que lo sabes, pero da igual, hay tiempo—, sólo ansiosa, y vaya si el hombre sabe calmar mis ansiedades, vaya si lo consigue de esa extraordinaria manera en la que la ansiedad queda calmada a sabiendas de que inmediatamente volverá a acuciarte por culpa de la maestría con que ha sido calmada, qué lío, así más o menos escribía mi ex que en paz descansa”).

Para nada, yo nunca he escrito así.

No sé cuánto duró la amistad aquella, no sé cuánto tiempo la mantuve viva. Si digo dos semanas creo que me quedaré corto. Si digo dos meses

exageraré sin duda. Para mí duró una eternidad. Lo suficiente como para que el insomnio arrasara mis facciones. Mi vida sentimental quedó abatida. La antorcha estaba otra vez en el charco. No se divisaba a nadie con ganas de recogerla. Y lo peor de todo era el pensamiento que encabezaba el pelotón de dóciles pensamientos en la subida al Monte Calvario: te lo mereces.

Pero siempre hay un dentista melómano que ha sido puesto en el mundo para que venga a cerrar una historia. Me entró algo de dinero gracias a un trabajo extra con el que no contaba y aproveché para mejorar mi dentadura. Concerté una cita, me presenté y en la sala de espera la melomanía del dentista me descabalgó de mi caballo fúnebre: dentro de un minuto no iré montado sobre él, sino que estaré entre sus patas, salvajemente pisoteado, un espectáculo poco agradable de ver.

Una revista musical, cuya actualidad hacía meses que había caducado, era la única publicación disponible en el revistero: las publicaciones dedicadas a los cotilleos habían sido ocupadas por manos de muy distinta edad, el periódico del día lo sostenía un hombre que se dedicaba a hacer el crucigrama y de vez en cuando preguntaba cosas del tipo “Presidente de la República de Ucrania: nueve letras”, e informaba a quienes no le contestaban y a mí —Yurchenko— que sólo con el crucigrama calmaba el pánico que le daba el dentista. Así que echemos un vistazo a este número atrasado de *Solfeo* mientras le hacemos el crucigrama al hombre que hay a nuestra izquierda. Los dedos resbalan por las páginas satinadas, las páginas satinadas van pasando rápida, vertiginosamente porque no nos interesa la entrevista con Barenboim ni lo que han hecho en Salzburgo con *La Flauta Mágica* y, no, decididamente, la aventura de Schoenberg en Hollywood, donde se aficionó a jugar al ping pong (ese tipo de datos que tan bien nos vienen para rellenar luego los crucigramas de desconocidos), tampoco nos interesa en absoluto. Y de repente, ¿a quién tenemos aquí? ¿De quién puede ser esa adorable sonrisa seductora y ese pelo brillante y ese vestido negro ajustado que deja apreciar un pequeño violonchelo tatuado en el hombro y ese lunar en la mejilla que tantas veces besaste, que llegaste a bautizar con un nombre que sería ridículo escribir ahora?

Pero ¿qué hacía Alma en una revista para melómanos? Basta mirar el pie de foto para no ver su nombre allí, pero sí su cargo: “El violonchelista Sandro Amatisti con su bella acompañante después del concierto que ofreció

en la Cámara de Senadores de...” república centroeuropea que formó parte de un país llamado Yugoslavia y cuyo equipo de fútbol nos suele eliminar de las rondas clasificatorias del Campeonato Mundial, siete letras. En mi opinión, el músico no merecía figurar ni siquiera en la lista de los 50 hombres más guapos de Italia, pero no hubiera tenido nada que decir si figurara en el puesto 51.

Me llevé la revista y no me revisaron la boca. Fui a un cibercafé y entré en el correo de Sandro y escribí un mensaje bobo a Alma. Le dije que sí, que por fin iba a poder ir a España, que por fin podríamos vernos, que por fin se arreglaría todo entre nosotros, y le pedí que me perdonase, de verdad, perdóname, y trataba de explicarle por qué lo hice, y le preguntaba cuándo se había reencontrado con el verdadero Sandro y qué cara se le puso cuando el músico le dijo que nunca le había escrito ningún mensaje, y si había sido idea suya o de él seguir con la farsa para que el cazador fuese al fin cazado.

Y le confesaba, sí, soy un monstruo y tengo mi merecido, lo sé, acabo de obtener una prueba irrefutable de mi monstruosidad, acabo de ser castigado como merezco, lo sé y sé que lo sabes. ¿Qué hace una foto de un violonchelista con su acompañante transformando una página de una revista para melómanos en una publicación de cotilleos?, me he preguntado, y me he respondido, Alma ha movido sus hilos y sus contactos para que publiquen esa foto, para lanzarme, consciente de que tarde o temprano yo alcanzaría a ver esa foto, y que ninguno de los tres teníamos ya ninguna prisa en que eso ocurriera, la verdad maravillosa a la repugnante cara, para descubrirme al fin lo caro que me va a salir el juego, para demostrarme hasta qué punto de destrucción íntima me había poseído el demonio que acabó por aniquilarme.

El mensaje, naturalmente, no ha obtenido hasta hoy ninguna respuesta. Yo sigo entrando cada día en el e-mail de Sandro sin esperanza alguna de que alguna vez aparezca una respuesta.